

D. Joaquin Martinez con las divisiones que estaban á sus órdenes, tomando por la izquierda, se presentaron sobre las lomas del Cimatario, al sur de Querétaro. Seguían despues una parte de la division de Jalisco, otra de la de Sinaloa, una brigada de Michoacan, la caballería de Carbajal y de D. Aureliano Rivera, la 1.^a division del Norte, la 2.^a brigada de caballería y la artillería, que completaban la columna por el flanco derecho. Al llegar á la altura de la Casa Blanca, se incorporó la caballería del Norte y cubrió el flanco izquierdo (1).

Cuando la expresada fuerza se puso en marcha, el general D. Ramon Corona dió orden al general D. Vicente Riva Palacio de que, dividiendo sus tropas como más conveniente juzgase, atacara por el frente y los flancos la posicion de la Casa Blanca. Al mismo tiempo le advirtió que él apoyaría el asalto con tropas suficientes de reserva.

1867. Recibidas estas instrucciones, el general don
Marzo. Vicente Riva Palacio dejó su campamento y se puso en marcha á las ocho y media de la mañana para situarse en los puntos convenidos. Para verificar el movimiento dividió su fuerza en dos columnas con sus reservas correspondientes: la de la derecha al mando del general D. Francisco A. Vélez, compuesta de la infantería del Sur, que llevaba por jefe al general D. Vicente

(1) «Ensayo histórico del ejército de occidente.» por D. Juan B. Hajar y Haro y D. José M. Vigil, apreciables escritores republicanos.

Jimenez, y del 2.^o batallon «Ligero de Toluca» que iba á las órdenes del coronel D. Telesforo Tuñon Cañedo: la columna de la izquierda iba al mando del general D. Benigno Canto, que se componía del cuerpo que estaba á las órdenes del general Merino y del primer batallon «Ligero de Toluca,» que llevaba por jefe al coronel D. Luis G. Carrillo. La caballería estaba mandada por los generales D. Bernabé L. de la Barra, jefe de la division de esta arma, D. Feliciano Chavarría y el coronel D. Eulalio Nuñez.

Tambien por orden del general D. Ramon Corona se presentó con su division el general D. Juan N. Mendez, quien inmediatamente organizó para el ataque una columna de quinientos hombres del primer batallon «Ligero del Valle de Méjico,» precedida de una ala de tiradores tomados del batallon de Hinchapan y apoyada en su flanco derecho por otra columna formada con parte de las fuerzas que mandaba el general D. Vicente Riva Palacio, quedando de reserva la brigada de Puebla que tenía bajo sus órdenes el general D. Ramon M. Galindo. La izquierda se cubrió con otra columna formada de las fuerzas del primer Distrito del Estado de Méjico al mando del general D. Benigno Canto, teniendo de reserva á los batallones 1.^o y 2.^o de «Escamilla,» «Seccion de Tulancingo,» «Fieles de la Constitucion» y 2.^o y 3.^o de «Independencia.»

Desde muy temprano notó el oficial vigilante de guardia de la torre de la Cruz el movimiento de las fuerzas sitiadoras, y pronto dió aviso de que fuertes columnas de las tres armas se dirigian de las alturas de la Cuesta China

hacia el Cerro del Cimatario. El emperador, con su estado mayor, y acompañado del general D. Miguel Miramon, observaba atentamente y con serenidad los movimientos de las fuerzas republicanas.

1867. Aunque en los primeros momentos juzga-
Marzo. ron los sitiados que el asalto sería general, pronto conocieron, sin embargo, que el ataque se verificaría por la línea del Sur que, hallándose casi descubierta, les ofrecía entonces á los sitiadores grandes probabilidades de buen éxito. El emperador Maximiliano dispuso que inmediatamente fuese el general D. Miguel Miramon con algunas tropas hacia el punto amenazado; pero sin desguarnecer las líneas del Norte y del Este, por si acaso era general el ataque, aunque todo hacia presumir que no.

Poco despues de las once del día las divisiones republicanas llegaban á los puntos designados para emprender el ataque, y á las doce se hallaban organizadas sobre las vertientes del Cimatario las columnas para el asalto, esperando la señal para lanzarse sobre las posiciones de los imperialistas. Estos se prepararon á su vez, y sus jefes dieron orden á la infantería de que no hiciesen fuego sinó cuando sus contrarios se hallasen á ménos de la distancia de punto en blanco. El general D. Tomás Mejía, á pesar de estar muy enfermo, dejó su casa desde el momento que supo que iba á ser atacada la plaza, y se puso á la cabeza de la caballería haciéndose superior á sus dolencias.

Era poco más de medio día cuando el general republicano D. Ramon Corona dió la señal de ataque. Las baterías de los sitiadores rompieron inmediatamente un

nutrido fuego sobre la línea imperialista, y pocos instantes despues las numerosas columnas republicanas, apoyadas por la caballería y veinte piezas de artillería, se lanzaron simultáneamente, con imponderable denuedo sobre la Alameda y la Casa Blanca. La columna del centro, conducida por el general D. Joaquin Martinez y los coroneles D. Manuel Peña y Ramirez, D. Florentino Mercado y el comandante del batallon de Huichapan D. Gomersindo Corchad, se dirigian resueltamente hacia los atrincheramientos de sus contrarios, con asombrosa bravura. Las baterías imperialistas rompieron un mortifero

1867. fuego sobre los intrépidos asaltantes; pero
Marzo. nada bastaba á detenerles. Se conocía que iban á las órdenes de pundonorosos y valientes jefes, y seguían avanzando con un orden, una rapidez y un aplomo que jamás habían creído encontrar en ellos los defensores del imperio. «La sangre fría y valor de los republicanos bajo este fuego mortifero,» dice el príncipe de Salm Salm, «era verdaderamente admirable.»

Imponente el denuedo con que sin cuidarse de los compañeros que caían á su lado, avanzaban hacia las trincheras contrarias; pero no era menor el de las fuerzas imperialistas, cuya infantería siguiendo las instrucciones dadas por los generales D. Miguel Miramon y D. Ramon Mendez, esperaba, sin tirar un tiro, á que los asaltantes se hallasen á pocos pasos de distancia para hacer sobre ellos un destructor y nutrido fuego de fusilería. Con efecto, cuando las columnas republicanas, despreciando las balas de los cañones que retumbaban sin cesar, llegaban casi á tocar los parapetos, un fuego terrible de metralla y fusi-

lería hecha á quema-ropa, sembró de cadáveres el campo, destrozando las filas de los asaltantes. Esto paralizó un instante el impulso de las columnas, y vacilaron; pero recuperándose en el acto, avanzaron algunos pasos más. Una nueva descarga de metralla y fusilería que causó no ménos estragos que la primera, volvió á detener la marcha de los republicanos que, sobrecogidos de espanto, vacilaron otra vez. Aprovechando el general imperialista D. Ramon Mendez aquel momento de indecision de los asaltantes, gritó con enérgica voz: *¡Viva el Emperador!* Los soldados, llenos de entusiasmo secundaron el grito; y poniéndose Mendez á la cabeza del batallon *Iturbide*, salió de las trincheras y se lanzó sobre sus contrarios con indecible ímpetu, obligándoles á retirarse. Al mismo tiempo el coronel de caballería D. Pedro Gonzalez, con cuatrocientos hombres del regimiento de la Emperatriz les dió una terrible carga en que les hizo muchos prisioneros, persiguiéndoles hasta donde se vieron protegidos por la artillería de sus posiciones, donde hicieron alto los republicanos, dando frente á sus contrarios

1867. Marzo. que volvieron á su línea al ver que nuevas columnas se dirigían á tomar la Casa Blanca.

Este punto consistía en una troje ó granero sólido de piedra, á corta distancia del camino, pero muy próximo á la posicion que tenían los republicanos. Detrás de esta troje, como á distancia de cuarenta pasos está la Casa Blanca, construída igualmente de piedra, y muy cerca de ella, rumbo hácia la Alameda, hay un patio cercado con un muro muy sólido de cal y canto. El granero y la Casa Blanca estaban defendidos por el 2.º y 5.º batallon

de línea, mandando la fuerza el coronel Madrigal, militar entendido y valiente, no ménos que modesto y afable.

El ataque de las fuerzas republicanas sobre esta posicion fué aún más impetuosa que la verificada sobre la Alameda. La columna del centro que iba, como tengo referido, al mando del general don Joaquin Martinez, acometió con un denuedo indescriptible, avanzando sobre la Casa Blanca bajo un incesante fuego de cañon que lanzaban las baterías imperialistas. Cuando llenos de ardor los asaltantes llegaron casi á tocar las trincheras de sus contrarios, vieron caer sobre ellos un lluvia de metralla, y balas de fusil que barrió sus filas. Sin arredrarse ante el número de cadáveres causados por aquella destructora descarga, siguieron adelante con un denuedo sorprendente. Se conocía que los soldados iban mandados por valientes jefes, entre los cuales se contaban los coroneles D. Manuel Peña y Ramirez, D. Florentino Mercado, y el comandante D. Gumersindo Corchado. Los batallones 2.º y 5.º de línea que defendían la Casa Blanca, disparaban sus armas á quema-ropa causando terribles estragos en los valientes asaltantes. El coronel Madrigal, acudiendo á todas partes, alentaba á sus soldados con la palabra y el ejemplo. En aquellos momentos le dijo otro coronel imperialista que llegó con su fuerza, que la Casa Blanca se debía sostener á toda costa pues la ocupacion de ella por los republicanos equivaldría á la pérdida de la ciudad. «O ceden los contrarios,» contestó el valiente coronel Madrigal, «ó yo y todos mis soldados moriremos aquí.»

Entre tanto los asaltantes, despreciando la muerte, lle-

garon hasta las mismas trincheras imperialistas. En aquellos momentos el general D. Miguel Miramón, sin dar tiempo á que la columna republicana del general don Joaquin fuese protegida por las columnas laterales, mandó al general D. Tomás Mejía que cargase con la caballería por su flanco izquierdo. Esta diestra maniobra que D. Tomás Mejía ejecutó con arrojo y prontitud contuvo á los asaltantes. La artillería de éstos á su vez obligó á los ginetes imperialistas á retroceder algunos pasos. En aquellos críticos momentos en que un instante de vacilacion podía ser funesto á los sitiados, el general D. Tomás Mejía, empuñando con firmeza la espada y arrimando las espuelas á los ijares de su brioso corcel, se arrojó sobre las filas republicanas gritando á sus soldados al acometer: «Muchachos, así muere un hombre.» El ejemplo heroico del intrépido jefe, fué imitado por sus soldados de caballería, que, llenos de entusiasmo se lanzaron al combate, desconcertando á sus contrarios. El batallon del coronel, saliendo entonces de la posicion que había defendido con extraordinaria bravura, se arrojó á la vez sobre los republicanos haciendo terrible estrago en ellos, y el capitán Malburg les quitó por su propia mano una bandera.

Las fuerzas liberales emprendieron su retirada en órden, dejando entre los centenares de cadáveres que cubrían el campo, los de los bravos coroneles D. Manuel Peña y Ramirez y D. Florentino Mercado, abogados de profesion ambos, que se habían lanzado á la lucha en defensa de sus principios republicanos. El cadáver del último se encontraba á cosa de ciento cincuenta pasos de la trinchera de la Casa Blanca.

El coronel imperialista D. Manuel Ramirez de Arellano que se había hallado en los puntos más importantes dirigiendo las baterías, llegó también á la Casa Blanca en los momentos más comprometidos del combate, y desmontando de su caballo, disparó personalmente diversos tiros de cañon que, sembrando la muerte en las ya diezmadas columnas republicanas, contribuyó poderosamente á que estas retrocedieran.

Contra lo que al principio de disponerse el ejército sitiador para el asalto habían esperado los imperialistas, la ciudad no fué atacada ni por el Norte ni por el Oeste. Solamente la Cruz fué amenazada por un ataque falso que el general D. Ramon Corona, para llamar la atencion por aquel lado, ordenó que emprendiera el general Neri, desplegando en tiradores dos compañías del batallon de *Querétaro*, marchando él con el resto de la 1.^a columna de operaciones sobre el expresado punto.

Una de las muchas granadas que las baterías republicanas arrojaron sobre la posicion de la Cruz, cayó casi á los piés del emperador, y reventó sin que le tocase ninguno de sus cascos, pero hiriendo gravemente á tres soldados.

Las columnas republicanas que habían combatido con extraordinario denuedo, se retiraron á sus posiciones con sensibles pérdidas. Centenares de valientes que poco antes llenos de entusiasmo y de vida habían marchado al asalto, cubrían, convertidos en cadáveres, el campo de batalla. Las pérdidas sufridas por el ejército sitiador en esta sangrienta jornada en que la fortuna se les mostró contraria, ascendieron á más de dos mil hombres entre muertos,

heridos y prisioneros, llegando el número de estos últimos á cuatrocientos, entre ellos treinta y dos oficiales. Los apreciables escritores republicanos D. Juan B. Hajar y D. José M. Vigil, en su *Ensayo histórico del ejército de Occidente*, asientan que «los liberales tuvieron una pérdida de cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y dispersos;» y el autor de la obra *Reseña histórica de la fundacion y operaciones del cuerpo de ejército de Occidente*, D. Juan de Dios Arias, tambien republicano, dice: «que los republicanos perdieron cosa de dos mil hombres entre muertos y heridos solamente.»

El general D. Ramon Corona estuvo acertado en sus disposiciones y si la suerte de las armas le fué contraria no fué ni por falta de valor en sus tropas, ni por descuido de los jefes en la ejecucion. La jornada, vista bajo el punto de vista del valor, fué gloriosa para ambos ejércitos. «El general Corona,» dicen los apreciables escritores antes citados D. Juan B. Hajar y D. José M. Vigil, «no vió en

este hecho de armas, más que una confirmacion de la merecida y justa nombradía de sus enemigos, á quienes la fortuna para presentarles ante el tribunal de la posteridad, coronaba esta vez, como tantas otras, con los laureles de la victoria.»

La accion terminó á las dos y media de la tarde, y las tropas asaltantes se hallaban de vuelta en sus campamentos á las cuatro y trece minutos de la misma, quedando desde ese momento cerrada la línea de circunvalacion.

Terminado el combate, el general D. Miguel Miramon, que se había manejado con el arrojo y actividad que le

distinguían, se presentó al soberano. No bien desmontó de su brioso corcel, cuando el emperador le tendió los brazos y le estrechó en ellos felicitándole por su bizarria y el éxito de sus disposiciones. Miramon, al recibir este testimonio público de aprecio de Maximiliano, se quitó el quepí, y volviéndose hácia los jefes y soldados que presenciaban aquella escena exclamó: «¡Viva Su Majestad el emperador!» Mil voces respondieron á ese grito con el mismo entusiasmo. Maximiliano se dirigió en seguida al comandante general de artillería D. Manuel Ramirez de Arellano que se había conducido bizarramente durante el combate y que con sus certeros tiros había contribuido eficazmente á rechazar de la Casa Blanca á las columnas asaltantes. El emperador, aprovechando la ocasion de premiar públicamente su distinguido comportamiento, le dijo: «Sois general.»

No hubo un solo militar que no aplaudiera este nombramiento.

Durante la accion, los prisioneros hechos á los sitiadores habían sido conducidos á la Cruz para que estuviesen custodiados provisionalmente allí. El calor en las horas que duró el combate había sido excesivo, y los desgraciados se hallaban acosados por una sed devoradora. Muchos de ellos no habían bebido agua desde el día anterior segun le aseguraron al subteniente de artillería imperialista D. Alberto Hans, que se hallaba en la Cruz, y les había dirigido algunas palabras tranquilizadoras cuando llegaron. El jóven oficial mandó que les llevasen cuanta agua necesitasen, y les hizo varias preguntas respecto de los cuerpos y la provincia á que pertenecian. Los interro-